

# 5/4



RICARDO POHLENZ

Shh, escucha: la tarola es apenas un recordatorio del suelo en el aire de los platillos. Entra Brubeck en ese intersticio, casi puede verse ondular en un medio perpetuo, entre colchón y cimientito, sustentando el precario edificio que apenas despierta. Eso, si te atreves a llamar precario a ese piano de Brubeck, sólido como roca. Aunque, hey, tenlo claro, no te vayas con la finta de lo sólido, un piano es sólido. El piano, eso que se oye y que puedes reconocer en un plaza sésamo como piano, es otra cosa. La roca cae, como las mujeres, nena, o como todo lo que está arriba. Oye ese piano: lo que busco es una metáfora para la contingencia. Esto sube.

Y es sólo el principio.

Y hey, no te me vayas a confundir, todo principio supone un antes. Todo tiene su lugar en el juego de los palitos y los hoyitos: estás donde cabes. Es esa holgura que te da estar a la medida. Esa respiración de más que pone todo en su lugar, que te hace ser la medida de todas las cosas. Tú lo dices, tú lo haces, nena, si no, no hay seducción. Toma nota: siempre hay un porque sí.

Todo este tinglado está ahí para Desmond. Una vez que Desmond emboquilla el sax alto no hay suelo. Óyelo, nace en medio del cielo, surgido de uno de los cinturones magnéticos que envuelven a la tierra. Es contundente. Es la clara demostración de que el cielo viene en capas, una sobre otra, sin llegar a confundirse: un hojaldre estelar que entre la crema batida y el chocolate demuestra que Dante tenía algo de razón con eso del cielo de la luna y el cielo cristalino y el cielo de Saturno. Es casi el cielo, bah, es el cielo mismo: una tajada de pastel.

Lo es, es una necesidad, esto de cortar todo en rebanadas para demostrar que hay un nife, un núcleo, un primer motor, algo que complete el sándwich cosmogónico. ¿Sabes lo que

te dice la vida al respecto de Aristóteles? Que sí, que todo puede verse como una rebanada de pastel, aunque el pastel sólo sea una forma de ver el pastel. Comerse el pastel cambia toda la perspectiva, digerirlo es otra cosa, y jalarle a la cadena sólo es el final de otro principio. ¿Por qué no darle a los intestinos el lugar que se merecen en el panteón de nuestras querencias? Hey, no hay cielo sin intestinos.

Bah, te decía: Desmond arranca desde una incisión hecha en el cielo mismo. Brubeck y Morello ya han pintado un contorno, un arriba y abajo que se niega con sólo ser. Y Des-mondo, como algo que surge para haber caído ya en el centro de una diana, en franca demostración de lo inmóvil que está la flecha en cada momento de su viaje al blanco, es. No cae, no llega: aparece.

Y es.

Momento: no quiero que te vayas a confundir, que te imagines lo que no está ahí. No hay rampa, no es Evil Knievel que sale despedido entre inercia y gravedad a un momento de vacío. Esto no es física, es ontología, nena. No sé si lo sepas, ah: estás presenciando el milagro de una vulva que se basta a sí misma.

Todo vuela: los platillos de Morello son aire, Desmond hace sus alas ahí y deja el mundo y Brubeck lo sostiene en la mutabilidad de lo semejante. Motoriza el trayecto con un es lo mismo, es lo mismo, y nunca es igual. Una y otra y otra vez. ¿Lo oyes? Es lo que se mueve, el ánima: una pierna, luego otra, una pierna, luego otra. Los brazos, concertados, imitan el movimiento. Todo lo demás es todo lo demás. Uno camina y siempre es más lo que pasa. No es sólo caminar. Cada paso es una caída, uno tras otro, cada paso anuncia una caída. La pierna en el aire es un fuera abajo que se conjura con la otra pierna, apenas en el aire

cuando la otra ha caído. La multiplicidad de caídas hacen el avance. Así avanza Brubeck, en lo mismo, en lo mismo, en una sucesión de caída que se ve salvada siempre en el mismo último momento. Todo está siempre a punto de caerse, y no se cae. No ahora, por lo menos. Es la vida, nena.

Acaba por caer.

Nunca se sabe si es hacia abajo.

Tú suéltate, no hay manera de caer, es como el aire y las alas, vil y pura aerodinámica. Es el espacio, es un sentido dado al espacio. Es una cátedra, lo importante no es lo que está sino lo que parece no estar, uno tiene que ponerle envoltura al espacio para saber que está ahí, para sentirlo, para eso inventamos los ladrillos y el cemento, para hacernos ver el espacio, para construirlo. Y es que el espacio depende de su techo. Cuando no hay techo, cuando está tan lejos que no lo vemos, decimos pavadas como eso de la bóveda celeste. Necesitamos algo arriba para poder sentir que hay algo entre el arriba y nosotros. La arquitectura sólo embellece el cepo con el que rodeamos al espacio.

Hay otros cepos. Una red, *exempli gratia*: Papa Brubeck, Desmondo, Morello, hechos red. Óyelo de nuevo: no es algo que se construya. Se teje, un poco más arriba, un poco más abajo. Es un patrón que no sabe repetirse, que tiene que estarse inventando a cada momento. Es un tejido, como el de la piel, como el de los músculos, como el de los huesos: un tejido que se sabe a sí mismo, que se inventa a sí mismo. Siente esa piel en el aire, nada sabe de la cantidad enferma de células cutáneas que pierdes todos los días, a cada hora, a cada minuto, y sin funeral. A lo mucho queda la sensación de la esponja al frotarla contra el brazo, la espalda, la nalga, el muslo, ¿o no, nena? Pero nada de la célula muerta. Ese desgaste mínimo pero persistente, como el de la aguja sobre el surco del disco. Es algo que no oyes, que no quieres oír.

Olvídalo, no existe, queda abolido apenas Morello le ha dado huesos al asunto. Huesos de un tuétano indudable, huesos que sin embargo son puro aire: una ascensión donde cuerpo y espíritu todavía no deciden cuál es cuál. Te digo, nena, esos platillos son como tus huesos, tan delicados que podrías dudar que están ahí. Sí, sí, aunque pongas esa cara de pero si mis huesos ahí están, siéntelos. Lo están. Lo están. Puedo sentirlos ahí, falange por falange, metacarpiano por metacarpiano, cada carpiano, radio, decúbito, húmero, omóplato, clavícula y hey, son más de doscientos si los cuento uno por uno. Revístelos de músculo, acciónalos con nervios, dale un sentido al aire, ¿y qué tienes? A Morello que traza la contingencia del cielo. ¿Tú crees que sus

huesos son sólidos cuando hace eso? Está negado. Está poseído. Es Kyrie Eleison puro. Shh, calla. Escúchala:

Es una ascensión.

Casi puedo ver la escalera.

¿La escuchas?

Se van clavando los escalones en el aire. Desmond sube, no se siente el esfuerzo, asciende como si el aire existiera gracias a él. Un globo aerostático no tendría tanta gracia. Se dispara a lo alto pero no hay rastro de pólvora. No hay propulsión. No hay vértigo. Sólo sube. Desmond se enrama en su aliento, se seduce a cada respiro, no puede más que quedarse en lo alto y subir cada vez más. Se extiende, cuan largo es. Se distiende, metálico, como un gemido a punto de ser gozo, ¿gozo?, yaj no, qué te digo, de un gemido, punto.



Anatomía del mexicano

El aire parece tener un límite. Óyelo nena, lo tiene. Un momento hay aire, el otro no. Lo abarca todo para dejar de hacerlo. Es todo aire pero crear ese vacío que se lo lleva todo. Una coladera. Llega al límite y ríe. Es tanta la distancia, tal el panorama, hey, tan enrarecido está el aire que Desmondo tiene que hacer como si no hubiera tal límite. No lo hay, pero hay que fingirlo. Existe, pero está Desmondo, órfico, a punto de volver el rostro, en el trance. Extendido te dice: es sólo una intuición. Y desde ahí parece gritarse hasta el agotamiento. Una zancadilla que te rinde en sudor frío. Que te besa. Una vez que parece rendirse, que tú también te has rendido, no está. Ha desaparecido porque está tan alto que no puede verse. Llega Brubeck y lo corta todo con un tajo. Óyelo. Un, dos: no es más que una intención y queda como hiato obturado en el silencio.

Lo que sigue es un misterio, nena.

Va en serio, un misterio, nena. Como los de Eleusis.

Es como te lo digo, es como lo oyes.

El cielo, hecho de platillos, queda iluminado. ¿Se oye el trueno? Puedes creer que es el trueno, que se acerca; la tarola que llena los intersticios, como un adviento. Escúchalo germinar, a lo lejos como un trueno. Parece demasiado sencillo: la tarola es un intermediario entre los platillos y los tambores. ¿Quién copula con quién? ¿Cómo decirlo? ¿Se lleva la tarola la mejor parte? Podría, si pudiera creerlo. Está el cielo, está el suelo, nosotros en medio estacados entre el uno y el otro. ¿A cuál irle? No, nena, no se trata de decidirse entre onanistas anales que cultivan a Sade en Francia y albagineses que te cortan la cabeza para ahorrarte el mal paso mundano. No preguntes y sólo escucha: entre cielo y suelo, el en medio es el tránsito, el vuelo de la moneda, ese punto muerto entre la ascensión y la caída: gravedad cero. Claro que es sólo un momento aunque todo, para nuestra desgracia, es para siempre.

Para que no te confundas, tú siempre pregúntate: ¿dónde está arriba? Si tienes eso, ¿qué más puedes querer? Lo que sube, baja. La tierra da vueltas y por eso todo se cae. Es algo que la tierra hace todo el tiempo. Una vez que sabes dónde es el arriba sabes del abajo, te asomas y ya está: el abismo, grande o pequeño, pero siempre abismo. Puedes o no cerrar los ojos, es lo de menos, lo que importa es saber caer con gracia, poco a poco, si quieres, o de sopetón con un dramático *full stop* antes del pavimento: es la tentación que anima al dibujo animado. La tentación que nos anima, que nos mueve entre el adelante y el atrás. Escúchalo, el cielo se ha abierto, y Morello, como si se sintiera avión, va de *loop* en *loop*, en caída libre. Traza la línea del cielo y el suelo con calma kamikaze, sólo falta encender un cigarro. Para oreja, nena: la caída va a trompicones, premeditados como el pulso cardíaco que no sabe qué hacer con tal sarta de secreciones en *fast forward*, aunque todo va, como tantas otras cosas en el mundo que quisiéramos vivir: ese *slow motion* que nos dice: ahí, justo ahí. Cae uno a uno, de la mano, enlazados en una duda cuántica que se viste con la gracia de un oso simulado en cada golpe de tambor. La sangre late atrás, en el bombo. En cada breve intersticio se llena el silencio con un dejarse sonar, orgánico, pulsado desde el entramado perfecto del pum, pum, pa que se sabe en el borde del caos y por eso, entrópico, se mantiene en la línea de lo divino. Todo queda inscrito como una acotación al margen: la respiración, la pulsación, el cerebro que corre neuronal y eléctrico en pos de esa nada que pueda decirlo todo,

decir algo, decir aquí, decir ahora. Oírlo es verlo, es el oso en la trama del cielo, escucha la cadencia de su trote sobre el cielo. Escucha esa persecución que dura todo el cielo, de traslación a traslación sin saber cómo dejar de dar vueltas. Te lo digo nena, es el vuelo de la moneda. Un misterio, como los de Eleusis.

La tarola sostiene a los tambores, ha sido un descenso a los infiernos, y el problema es que el infierno está arriba. ¿Dónde crees que estamos, nena? El infierno es arriba, ha descendido y no sabe hacerlo, Morello rebota en la síncope de lo orgánico, *pinball* donde cada *flapper* sabe salvarla una y otra vez de lo que ha quedado atrás, cada golpe previene la caída, esa que tienta, esa que te dice me caigo. Cae, cae, ¿cae? Te toma el pelo, no va a caer. Los platillos van a acabar por decir; es aire. Toda esa tierra latiendo, húmeda, era al final, aire. Un misterio, te digo, un misterio, nena, el reino que se inventa al sacrificarse. El rey es siempre el mismo.

Falta el corazón. Nunca le das demasiada importancia. Nunca lo oyes. A menos que se haga oír, cuando no tienes aliento. Cuando la adrenalina sube a decirte, hey, cuidado o aquí quedas. El corazón es algo que se dice y no se quiere sentir. Está ahí, es un músculo y qué, se duele, sabe dolerse, sabe cómo tirarte al suelo. Óyelo. No se ve, como el tuétano, que está dentro de los huesos. Claro, con trazarlo en el aire queda dicho. Es más y lo sabes. Un momento después está ahí la sangre, todo lo que fluye, lo que late. Está ahí detrás, es él, no tú, el junco que sabe doblarse con la esperanza de no romperse. Es él, no tú, el espinazo que te sostiene. Mierda, la diferencia es mínima, con abolirla no está, y te puedes decir a ti mismo tú en un gesto que arma el modelo del yo con piezas intercambiables. ¿Oyes eso? Mínimo, oculto como el sentido de la vida, ininteligible como él, ¿lo oyes? Eugene Wright ha estado todo este tiempo ahí señalando, uno a uno, los rudimentos que hacen posible la aerodinámica. Oírlo es encontrar la estrella polar y dejarse sentir dentro de una esfera. Y entonces te preguntas, nena: ¿existe una fuerza superior? ¿Estamos predestinados a algo, a cualquier cosa? Tú dime: ¿está todo ahí? ¿Es todo esto una ficción? Lo es, pero ¿cómo saberlo? Lo único es que no podrás ignorar a Wright que en el bajo te hace pom-pom, pom-pom. Él te lo dice, él responde a la pregunta mántrica que Brubeck teje como un patrón que se trama a punto del borde siempre.

Tiene que acabar porque el silencio contenta todo sentido. Nunca sabes si creerlo, un momento después del beso, ¿qué puedes saber del beso? Entre descreimiento y des crédito, ¿qué diferencia cabe? Todo es memoria, nena, y sobran las palabras. ♦